

# RETIRO PARA SACERDOTES.

Marzo de 2006.



## La Comunión Presbiteral.

### **1.- Los presupuestos básicos de la persona para la Comunión.**

Si estos presupuestos no se dan, ya podemos trabajar la comunión entre nosotros, que ésta no nacerá.

#### **1.1.- Presupuestos humanos (afectivos, de crecimiento y madurez humana).**

Para que se dé la comunión entre los presbíteros tiene que haber materia de comunión; eso que decía un Delegado de Juventud de la diócesis de Madrid hace tiempo: *'si no hay mata no hay patata'*: son necesarios hombres enteros, afectivamente equilibrados, crecientes en el desarrollo de sus personas y maduros en su sentido de la responsabilidad. O, al menos, hombres abiertos, en medio de sus pobrezas, a este equilibrio humano. En ese sentido hemos de estar atentos a nuestros propios engaños, a las dobles vidas en las que nos podemos enrollar, y a las caretas de piel de cordero que denuncia el Evangelio. El mundo afectivo es una dificultad añadida, desde el punto de vista humano para los célibes, como consecuencia de la carencia de apoyo afectivo directo en una sociedad tan compleja como la que vivimos. Y algo parecido le sucede al aspecto del crecimiento humano y de la necesaria madurez para un presbítero. La soledad, con todas sus consecuencias, si éstas no están asumidas y vividas desde la fe y la comunión, nos puede llevar a estancarnos vitalmente y a acomplejarnos en la sociedad combativa en la que estamos viviendo. Sin estos presupuestos humanos bien afianzados y equilibrados en nuestras personas se hace difícil la comunión presbiteral, entre nosotros, hermanos.

#### **1.2.- Presupuestos sociales (vida familiar, vida relacional, valoración social).**

Nos encontramos con hermanos presbíteros, como es mi caso, que no tienen vida familiar, que viven en soledad, en espacios parroquiales poco gratos, y sometidos, en la vida práctica y real a su propia responsabilidad o arbitrariedad. Muchos hermanos no sabemos relacionarnos con el mundo social y nos encontramos, en nuestros ambientes, sin valoración social cuando no con la presión de la incomprensión, de las amenazas o de la indiferencia. Esto provoca muchos y graves desajustes que no resultan fáciles de asumir ni de encajar. Quien no conoce la vida familiar como hábito diario, y se encuentra con graves dificultades, tanto desde su propia personalidad como desde el ambiente social y cultural que se está generando, acaba con graves dificultades,

también, para relacionarse con sus hermanos sacerdotes y promover un ambiente de comunión.

### **1.3.- Presupuestos económicos (el mantenimiento de los sacerdotes, el aburguesamiento, la sensibilidad ante la sociedad globalizada)**

Hay gente que nos acusa de ser unos solterones con hábitos de ricachones, pues no nos falta el dinero suficiente para vivir bien y con una conciencia poco clara ante las grandes injusticias que afligen a la humanidad globalizada en este momento. Creen que estamos aburguesados, que vivimos bien, que trabajamos poco y que apenas luchamos por aquello en lo que decimos creer. Si esto fuera cierto, querría decir que hemos caído en las redes de la sociedad globalizada e individualista, y por lo tanto en una aceptación pasiva de los presupuestos del sistema opresivo en el que vivimos. Si eso fuera cierto, estaríamos ante una gran dificultad para hacer posible una comunión que pide hombres pobres, austeros, entregados y llenos de vida nueva. La comunión presbiteral, al intentarla cada día ha de ayudarnos a tomar conciencia de cual es nuestra postura verdadera ante la economía y la sociedad globalizada. Hemos de estar atentos, de modo permanente, para no alejarnos de la vivencia cercana de la pobreza y de la relación con los pobres. Anotad las visitas diarias que hacéis al barrio, a los pobres, a los enfermos, a los marginados, a los sufrientes...

### **1.4.- Presupuestos culturales (los efectos de la cultura de la globalización, del individualismo y del 'todo vale')**

Es grave para que se pueda realizar la comunión presbiteral contar con unos presbíteros inmersos acríticamente en la cultura dominante. El tipo de persona que se cuajando en esta cultura del 'todo vale' y de desvalorización permanente de valores esenciales para la vida común, influye negativamente o destructivamente sobre aquellos que pretenden vivir en comunión, en unión de almas y de corazones, de vidas y de proyectos.

### **1.5.- Presupuestos eclesiales (las relaciones entre los sacerdotes y los laicos, las relaciones entre los presbíteros próximos, las relaciones con el obispo)**

Desde que soy cura, hace treinta y un años, sigo escuchando de mis labios y de los labios de mis hermanos presbíteros, la misma queja o acusación: no nos queremos suficientemente, no nos valoramos, no nos escuchamos. Salimos, como curas nuevos, llenos de vigor y de sentido, pero, poco a poco, nos vamos sintiendo solos, abandonados, dejados y olvidados. Nuestras relaciones, progresivamente se van convirtiendo en algo frío y distante, como si la vida de la institución y del resto de los hermanos sacerdotes nos importase realmente poco. Cada uno ha de cargar con su cruz vital y sus rupturas, la de sus incomprensiones y sus frustraciones, la de sus mundos afectivos rotos y desvalidos, la de sus incompetencias y sus necedades, y llevarla con la mayor gallardía posible, sin que se noten sus lágrimas ni su desesperanza o cansancios. Limitados en la

comunicación, cuando ésta existe, a algún amigo, e incluso a gentes que no tienen nada que ver directamente con el mundo eclesial o de la fe, cuando no limitados a dobles vidas, pero sin tener un acceso real y posible a la comunicación, a la expresión verdadera de lo que les sucede en el mundo vivencial con sus hermanos sacerdotes o con sus superiores. Y si eso sucede un día y otro, y cien más, al final, se provoca la expresión vital de 'sacerdotes mudos' o que hablan de barcos, hablan mucho y de los más variados temas, pero que no hablan de sí, de su vida, de sus experiencias, o de sus dificultades, ni para bien ni para mal. A lo más que llegan es a explotar su vanidad, su envidia inconfesada, su frustración, etc., contando alguna pequeña realización o proeza, o soltando algún exabrupto, para no sucumbir. Y así, al no dejar que mane de ellos una relación auténtica, una verdadera fe, se acaba anulando la fuerza de la Iglesia y la confianza personal y eclesial en el futuro, que pasa necesariamente por el afianzamiento de unas relaciones de comunión entre nosotros, con nuestros obispos y nuestros hermanos laicos.

## **2.- Los presupuestos de fe necesarios para la Comunión.-**

### **2.1.- Creer en el Señor y en su poder:**

Necesitamos ser hombres de fe cuidada y cultivada. La fe como experiencia humana de confianza ilimitada en el poder de Jesús con relación al mal, a todo mal. La fe como don que se nos da a cada uno para cuidarlo de modo responsable. La confianza de la fe nos hará caminar con seguridad y nos hará gustar de la comunión con aquellos que viven la misma experiencia fundamental en sus vidas.

### **2.2.- Creer en la fuerza transformadora del Evangelio:**

Es el Evangelio el que nos acaba convirtiendo en personas adultas, trabajadas, crecidas, desarrolladas, maduras, auténticas... Sin una persona abierta a su plenitud revelada en el Evangelio, no existe la posibilidad siquiera de comunión. La comunión requiere personas en proceso de plenitud, de vivir configuradas con Cristo, de vivir como verdaderas personas.

### **2.3.- Creer en el desarrollo positivo del ser humano, de todo ser humano, aún en el de nuestros contrarios o enemigos:**

Todos somos depositarios del don de Dios. Si no fuera así, y esto fuera un club de selectos y no una llamada universal a la libertad, a la vida nueva y a la salvación-liberación, estaríamos imposibilitando la acción de Dios en el mundo. Creer en el desarrollo de todo ser humano, de toda vida humana, es creer en el amor de Dios como fuente de alimentación de la humanidad. La comunión requiere que seamos capaces de creer en las posibilidades de cada persona y, por supuesto de cada uno de los compañeros sacerdotes. Ninguno puede ser tachado de la lista del encuentro amoroso y liberador al que estamos convocados junto al Padre Dios. Hemos de abandonar los

prejuicios que tenemos de unos hacia los otros, de unas tendencias a otros, para poder edificar la comunión. Y así creer en los hermanos.

2.4.- Creer en la Iglesia y en su sentido histórico: pues algunos de nosotros, especialmente cuando el desarrollo institucional de la Iglesia no se adecua a nuestra visión de la historia, solemos decaer y perder el gusto y el interés por la Iglesia. La Iglesia, que está abierta a la perfección del amor y del Reino, sin embargo, no deja de ser un instrumento frágil, pecador y pobre. Constituido, como bien sabemos nosotros, tanto en su jerarquía como en sus fieles, por personas pecadoras y pequeñas, pobres, torpes y, a veces, escleróticas. Pero es ahí, en la pobreza y en el pecado de Pedro, en su negación y su deseo de poder, donde Jesús coloca la piedra sobre la que edificar la casa de todos. El sano sentido crítico que todos hemos de tener dentro de casa, que nada tiene que ver con la negatividad ambiental que murmura por detrás, en lugar de utilizar la valentía de la palabra dicha desde la fe, no está reñido con la necesidad de confiar en el proyecto eclesial, que no se hace desde las curias, sino desde la base en la que cada uno de nosotros estamos y en las que se edifica o destruye la Iglesia. Creer en la Iglesia es un sano ejercicio diario de realismo y de humildad, a la vez que un reto al que responden adecuadamente los verdaderos creyentes, los hombres de Dios que estamos llamados a ser.

2.5.- Creer en la comunión. Parece de chifla el hecho de que hablando de la comunión presbiteral haya que decir que es necesario creer en ella. Pero, parezca lo que parezca, la verdad es que es necesario resaltar la mediana o torpe fe en la comunión entre nosotros que tenemos los presbíteros. Adolecemos de una gran carencia de fe. Se dice por ahí, que somos como gallitos de corral, cada uno en el suyo y recelosos de los demás. Se habla de la envidia inconfesada de los presbíteros de unos hacia los otros, de modo que al que resalta un poco, aunque sea por santidad, se le suele castigar con el látigo de la indiferencia o de la desafección. Cada mochuelo en su olivo. La teoría de los más tontos, los más malos y los más vagos. Se puede dejar que cunda en nosotros el mal escondido, el mal que se instaura en lo profundo del alma y que no da la cara, pero que se manifiesta de mil maneras. Para creer en la comunión hay que estar sano por dentro y creer en la necesidad y el gozo de la unión y el trabajo compartido con los hermanos. Tenemos necesidad de los hermanos para aprender y para crecer en el trabajo pastoral. Vivimos para el Evangelio y eso nos hace estar aprendiendo y compartiendo de modo permanente con nuestros hermanos. ¿Cómo se puede tener un alma común, como dice el Libro de los Hechos?

2.6.- Creer en nuestro ministerio. A veces nos quejamos de que la gente no cree en nosotros, pero nosotros, ¿Creemos en nosotros mismos? ¿Creemos en nuestro trabajo? ¿Creemos en nuestro poder sanador? ¿Creemos que llevamos una Buena Noticia para el mundo? ¿Creemos que lo que vivimos y tenemos es la medicina que el mundo requiere y precisa? Algunas veces parece que creemos relativamente en lo que

predicamos. Sin creer en lo que nos constituye, que es este ministerio del amor y de la Palabra, difícilmente podremos tener comunión entre nosotros.

## 2.- Las llamadas y el aprendizaje de los Presbíteros.

*Tres llamadas esenciales y tres aprendizajes básicos para la comunión presbiteral:*

### a.- Llamados a compartir una misma fe y una misma misión.

Sólo desde el la responsabilidad de la propia conciencia se puede entender esta llamada. Muchas veces hemos hablado a nuestras gentes sobre la llamada que Dios ha hecho a nuestras vidas de creyentes, pero también muchas veces hemos olvidado lo que supone esta llamada y no hemos acabado de rematar lo que significa que estamos llamados a compartir una misma fe en el Señor, que crea lazos irrompibles y fraternos, y una misma misión, que crea en nosotros una gran complicidad a la hora de plantear nuestro trabajo en la historia humana.

### b.- Llamados a ser un cuerpo con los hermanos y a conformarnos con Él.

Ser un cuerpo con Cristo no es el corporativismo hacia el que algunos pretenden llevarnos. La base de la formación del cuerpo de Cristo que somos está puesta justamente en la conformación de nuestras vidas con la de Él. Si esto falla, falla todo el planteamiento. Para sabernos parte de un cuerpo común hemos de sabernos invitados e incrustados en él, y eso sólo es posible cuando la experiencia mística de la fe nos ha hecho entrar a formar parte del ser de Cristo. Las puertas de entrada a esta comunión con el Señor, son diversas, pero nunca pueden estar alejadas del servicio y del amor a los pobres, pues es en ellos donde es Señor nos ha querido dejar el modo mejor de conformarnos con Él. La mística de la interrelación con los pobres está directamente emparejada con la oración constante y permanente de la vida de los creyentes. Para ser un cuerpo entre nosotros, presbíteros, tendremos que ser a la par un cuerpo con Cristo y un cuerpo bien enlazado con los pobres, que son los llamados, los elegidos y los conformados con Cristo, donde Él se hace realmente presente.

### c.- Llamados a diluirse en lo común.

La cultura del individualismo dogmático en la que vivimos hace muy difícil el aprendizaje de la comunión y de la vida en común. Cada vez nos sentimos más llamados a una vida individualista, con placeres más individualistas. Y esto afecta por igual a todos los seres humanos, incluidos los seres humanos curas católicos y célibes. Es preciso cultivar mucho la fe y la inteligencia de la fe para que se experimente la atracción y el placer de la vida común, para sentirse llamado a diluirse y disolverse en lo común. Sólo los que tienen muy claro en sus vidas su identidad y su ser, sólo los adultos y centrados, se sentirán atraídos a la comunión, y no tendrán miedo de diluirse con sus hermanos en una experiencia excitante y apasionante de vida en común, conscientes de que es la vida común la que refleja lo que es la Trinidad.

d.- Aprender a renunciar a lo propio y a entregarse entero.

La postmodernidad nos ha situado ante un consumo feroz y alejado prácticamente del dolor humano, de dolor de las masas doloridas del planeta, sólo los reportajes televisivos, como películas que aumentan nuestra impaciencia y ansiedad, nos muestran la vida de los miserables que son millones y millones, `pero también nos crean la sensación de que nosotros, siendo unos privilegiados, no podemos hacer nada por este estado radicalmente injusto de las cosas. No sé la trascendencia que pueden tener nuestras pobres vidas en este océano inmenso de injusticia y desamor en el que se ha convertido el planeta, pero es evidente que nosotros tenemos una receta en la que llevamos creyendo desde hace veinte siglos y que hemos de volver a sacar cada día de la chistera de la fe: la renuncia a lo propio y la entrega entera de la vida a los hermanos. No nos toca a nosotros sacar cuentas de nuestra entrega. "Al final de la jornada decid: hemos hecho lo que teníamos que hacer". A nosotros no nos corresponde evaluar los resultados de nuestra entrega, nos corresponde entregarnos. Y eso mismo es lo que ha de suceder, si la entrega y la renuncia a lo propio son verdaderas en nuestras, con la comunión presbiteral. Saldrá sola si los que tienen que hacer son personas que viven la raíz de su fe con verdad y con valentía.

e.- Aprender a ser libres y humildes.

Dos dificultades que arrastra históricamente nuestro ministerio son la sumisión, desviación propia del compromiso de obediencia al obispo que conlleva la ordenación sacerdotal y la del orgullo altanero, desviación propia de nuestro estado de señores absolutos y feudales en nuestro trabajo pastoral, fruto de las prerrogativas que nos concede el derecho canónico a los obispos, los párrocos y los sacerdotes en general. El compromiso de obediencia tiene un sentido fundamental de cara al mantenimiento de la comunión y probablemente las prerrogativas del código a nuestro ministerio vengán también como un necesario equilibrio a la comunión eclesial, pero ambas realidades, sino se viven en espíritu de comunión pueden acabar paralizando nuestro ministerio e imposibilitando la verdadera comunión entre nosotros. Unos presbíteros libres, célibes, sabiéndose libres y humildes en las manos de Dios son necesarios para que haya una verdadera comunión, y no una acomplexada sumisión o imposición.

f.- Aprender a conocer nuestro ser, nuestras posibilidades y carismas.

Generalmente asistimos a un espectáculo muy desértico en el momento que nos toca vivir: la humanidad occidental está centrada en las casa y alejada de sus ser. Los seres humanos se desconocen. Conocen todos los secretos de la naturaleza y de la ciencia y sin embargo se desconocen a sí mismos, y en ese sentido desconocen sus posibilidades como seres humanos. Nos puede pasar un poco algo parecido a los presbíteros que nos manejamos estupendamente en la liturgia externa, en el derecho, en la catequesis de aprendizaje, en las formas, en las obras, incluso en una solidaridad basada en el dinero, pero que también estemos lejos de nuestro ser y, por tanto, lejos del ser de los hermanos y de Dios. Para que haya comunión hemos de conocernos y conocer a nuestros

hermanos en toda su hondura y realidad, sus posibilidades y carismas. Así la comunión será sobre bases auténticas y verdaderas.

### **3.- El cultivo de la belleza de la Comunión entre los Presbíteros.**

#### **a.- Aprender el misterio y la belleza de la amistad.**

El gusto por la amistad interpersonal, sin miedos, se ha de imponer en nuestras relaciones: hemos de cuidarnos, de aceptarnos, de animarnos, de valorarnos, de mimarnos si cabe, y de decirnos toda la verdad sobre nosotros mismos, esa que nadie nos dirá y que nosotros sí podemos decirnos. No hay un regalo más bello que la amistad entre nosotros y esa hemos de cuidarla como oro en paño, del mismo modo que estamos llamados a la amistad con el Señor, y con los mismos presupuestos.

#### **b.- Aprender a respetar y empatizar. No juzgar. Gustar la relación afectiva.**

El respeto entre los compañeros se ha de fraguar en nuestras vidas entregadas y éticamente irreprochables. Todos estamos llamados a ser puntos de referencia para los otros. El respeto debemos mostrárnoslo unos a otros con un sentido exquisito del uso de la palabra para alabar y no cotillear sobre la vida de los hermanos. Si la envidia o los celos aparecieran en nuestras vidas hacia algún hermano esto debería ser curado de modo auténtico y para eso no hay nada como la sinceridad de vidas y la empatía de corazones. No juzgarnos con la dureza con la que muchas veces lo hacemos. No juzgar a los que son diferentes, a los que han hecho un recorrido distinto del nuestro pero se han entregado con toda el alma por el Evangelio. El gusto por una relación afectiva sana y llena de sentido del humor parece esencial para que haya una buena y santa comunión presbiteral.

#### **c.- Aprender a ser amables y a eliminar prejuicios.**

La amabilidad, a veces, se aleja de la vida de los solterones aburridos, que se vuelven maniáticos y raros. Sin embargo la amabilidad está siempre puesta entre las virtudes a cultivar por nuestra vida de presbíteros entre nosotros y con nuestra gente. También suele ser cierto que crecen en nosotros los prejuicios en la medida en la que no somos transparentes en nuestras aportaciones al común de nuestra fraternidad. Los prejuicios son destructivos y eliminan la fraternidad, la corroyen por debajo. Y ojo con la maledicencia entre nosotros o los lenguajes crípticos de algunos grupos.

#### **d.- Dedicar un tiempo cada semana a la escucha y diálogo con compañeros.**

Esto es algo bien sencillo de enunciar y de realizar. El cultivo de la amistad y de la comunión supone siempre un tiempo de dedicación y de entrega mutuas. Se puede reservar en nuestras agendas un tiempo para el encuentro con los hermanos, para

comer, para tomar café, para salir un día libre, para pasear, para comentar, para ir al cine...

*e.- Compartir juntos la Palabra y la vida.*

Esto es propio de las reuniones de los sacerdotes en el arciprestazgo y en la parroquia. Cuando metemos la Palabra en nuestras reuniones, con el consiguiente comentario sobre la misma de cada uno de nosotros, es curioso que la vida empieza a brillar y a desarrollarse de un modo nuevo entre nosotros. Relacionar la vida y la Palabra es en nuestro caso, para no perdernos, una urgencia y una necesidad.

*f.- Aprovechar el tiempo de estar juntos con responsabilidad.*

Mi experiencia me dice que los presbíteros también somos muy dados a perder el tiempo en nuestras reuniones y encuentros, que a nosotros también, como a los laicos y las gentes en general, nos cuesta centrarnos y avanzar en el crecimiento espiritual y pastoral en nuestras reuniones. La llamada es a aprovechar bien el tiempo de nuestros encuentros, porque de ese buen aprovechamiento se van a beneficiar un montón de hermanos que están detrás de nosotros.